

Acerca de Gabo, el escritor colombiano más importante de todos los tiempos...

Fecha de recibo: 04-15-07 - Fecha de aprobación: 05-18-07

MARÍA MERCEDES MONTOYA CIFUENTES

De la página 118 a la página 125

Resumen

En este artículo se hace referencia a la infancia de Gabriel García Márquez, vivida junto a sus abuelos maternos, el coronel Nicolás Ricardo Márquez y doña Tranquilina Iguarán, y que fue determinante en su vida de escritor. Los temas de sus obras han surgido de ahí, cuando era un niño extraviado en un universo de gentes mayores, abrumadas por recuerdos de guerras, penurias y esplendores de otros tiempos. No existe –dice el escritor– una sola línea de sus libros, que no corresponda a una experiencia real. En *Cien años de soledad*, su obra cumbre, los hechos y personajes allí presentes son una muestra de ello.

Palabras clave

Antepasados, terrores nocturnos, infancia, clarividencia, guerras civiles entre liberales y conservadores, realismo mágico, superstición, hechos históricos, masacre de las bananeras.

Abstract

In this article reference is made to Gabriel García Márquez's childhood, lived next to his maternal grandparents, the colonel Nicolás Ricardo Márquez and *doña* Tranquilina Iguarán. That was decisive in the writer's life. The topics of his works have emerged from there, when he was a boy lost in a universe of elder people, overwhelmed by memories of wars, penuries and splendours of other times. It doesn't exist –the writer says– a single line of his books that doesn't correspond to a real experience. In *A hundred years of solitude*, his work summit, the facts and characters there present are a sample of it.



Words key

Ancestors, night terrors, childhood, clairvoyance, civil wars between liberal and conservative, magic realism, superstition, historical facts, Slaughter of the banana companies.

Résumé

Dans cet article, on fait référence à l'enfance de Gabriel García Márquez, vécue aux côtés de ses grands-parents paternels, le colonel Nicolás Ricardo Márquez y madame Tranquilina Iguarán. Cette époque fût déterminante dans sa vie d'écrivain. Les thèmes de ses œuvres ont surgi de cette époque où il était un enfant égaré dans un univers de personnes âgées, accablé par des souvenirs de guerre, de pénuries et de splendeurs d'autres époques. Il n'existe pas, dit l'écrivain, une seule ligne de ses livres qui ne corresponde à une expérience réelle. Dans «Cent ans de solitude», son œuvre apogée, les faits et personnages présents en sont la preuve.

Mots clés

Aïeux, peurs nocturnes, enfance, clairvoyance, guerres civiles entre libéraux et conservateurs, réalisme magique, superstition, faits historiques, massacre des compagnies bananières.

El domingo 6 de marzo de 1927 a las 9:00 a.m., con un aguacero torrencial y con el cordón umbilical enrollado en su cuello, nace Gabriel José García Márquez, en Aracataca (Magdalena), en casa de sus abuelos maternos. Luisa Santiaga su madre, deja al recién nacido al cuidado de los abuelos y regresa a Riohacha.

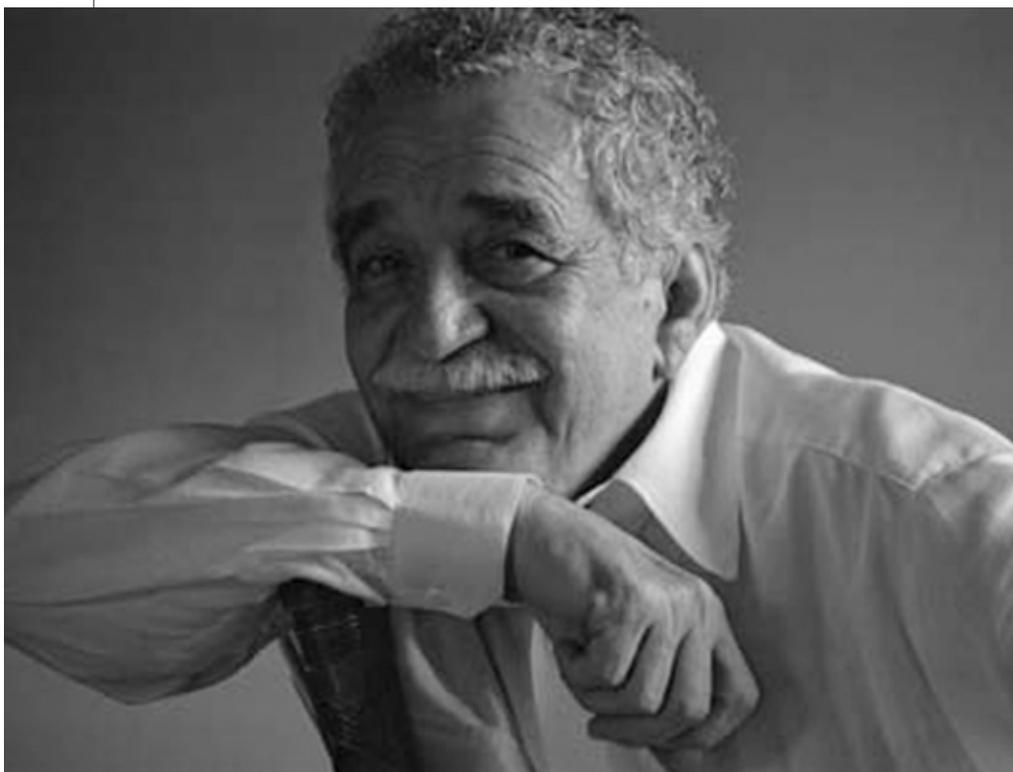
La casa de Aracataca, antigua y enorme, con un patio donde ardía el aroma de un jazminero y cuartos innumerables donde suspiraban a veces los muertos, persiste aún en sus sueños, al igual que el sentimiento predominante en aquella época: la zozobra nocturna,

que tenía un origen concreto y es que en la noche se materializaban todas las fantasías, presagios y evocaciones de doña Tranquilina, la abuela materna.

Para la abuela no había una frontera muy definida entre los vivos y los muertos. Cosas fantásticas eran contadas por ella como simples sucesos cotidianos. La abuela era una mujer menuda y férrea –como la descripción que hace en *Cien años de soledad* de Úrsula Iguarán– de alucinados ojos azules y que a medida que fue envejeciendo y quedándose ciega se hizo más frágil y delgada la frontera entre muertos y vivos, de modo

que terminó sus días hablando con sus antepasados y escuchando sus quejas, suspiros y llantos.

En el día, para Gabriel, el mundo mágico de la abuela era fascinante, vivía dentro de él, era su mundo propio. Pero en la noche le causaba terror, sobre todo cuando la abuela lo inmovilizaba en una silla -a los 5 años de edad- y lo asustaba con los muertos que andaban por allí: la tía Petra, hermana mayor del abuelo, quien se había quedado ciega y desarrolló una destreza mágica para manejarse en sus tinieblas sin ayuda de nadie –como Úrsula en *Cien Años de Soledad*–. Gabriel



la recuerda -como si hubiera sido ayer- en sus paseos ocasionales por el corredor, caminando sin bastón, lenta pero sin duda y guiándose sólo por los distintos olores: el del ácido muriático en la platería del abuelo donde fabricaba sus pescaditos de oro; el corredor, por el perfume de los jazmines del jardín... Era esbelta y sigilosa, con una piel de azucenas marchitas, una cabellera radiante color de nácar que llevaba suelta hasta la cintura. Sus pupilas verdes y diáfanas de adolescente. Permanecía todo el día en su cuarto con la puerta entornada y casi siempre sola.¹

Muchos años después, Gabriel le comentó esos recuerdos a Luisa Santiago —su madre— y ella se apresuró a corregir su error. Su razón era absoluta y Gabriel pudo comprobar la verdad: la tía Petra había muerto antes de que Gabriel cumpliera los dos años.

Otros muertos que frecuentaban la casa eran el tío Lázaro y la tía Margarita Márquez que había muerto siendo muy joven y muy linda y cuyo recuerdo permanecería en la memoria de dos generaciones más de la familia (base real de Remedios Moscote, la esposa de Aureliano Buendía, en *Cien Años de Soledad*).

Estos seres suscitaban en él un terror nocturno que aún hoy, después de tantos años, no ha podido olvidar.

La tía Elvira, la tía Francisca Simodosea..., hermanas de su madre, mujeres fantásticas, con sorprendentes aptitudes premonitórias y tan supersticiosas como las indias guajiras de la servidumbre de la casa. Todas ellas tomaban lo extraordinario como algo real.

En sus Memorias, dice Gabriel:

“La esencia de mi modo de ser y de pensar se la debo en realidad a las mujeres de la familia y a las mujeres de la servidumbre que pastorearon mi infancia. Eran de carácter fuerte y corazón tierno, y me trataban con la naturalidad del paraíso terrenal”.²

Lucía, la vieja Chon, Trinidad, una niña de trece años, la que le quitó la inocencia, la que en un instante —cuando él tenía unos 6 años— le hizo tomar conciencia de su cuerpo con una clarividencia de los instintos que nunca más volvió a sentir y que se atreve a recordar como una muerte exquisita. Un cataclismo emocional del que todavía no se ha repuesto porque no lo volvió a sentir con tanta intensidad.

La tía Pa, una viejita menuda y arrugada que predecía lluvias y

¹ García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. Editorial Norma, Bogotá, 2002. Pág. 93.

² *Ibíd.* P.86.



sequías y mientras meneaba la olla revelaba dónde estaban las cosas que se daban por perdidas.

La tía Francisca Simodosea quien murió virgen a los 79 años. Era distinta de todas en sus hábitos y lenguaje. De larguísima cabellera, fumaba el tabaco al revés, como lo hacían las tropas liberales para no ser descubiertas por el enemigo en la oscuridad de la noche. A cada quien le cantaba las verdades en la cara. Portaba las llaves del cementerio, expedía las partidas de defunción y hacía las hostias para la misa. La que un día se sentó a tejer su mortaja y varias semanas después, al terminarla, se acostó sin despedirse de nadie, sin enfermedad ni dolor algunos, y se echó a morir en su mejor estado de salud. Luego supieron que la noche anterior había llenado los formularios de defunción y cumplido los trámites de su propio entierro. La tía Francisca fue la base real de Amaranta, personaje de *Cien años de soledad*.

Gabriel era entonces un niño extraviado en un universo de gentes mayores, abrumadas por recuerdos de guerras, penurias y esplendores de otros tiempos.

Como se observa, los temas de sus obras han surgido de su propia vida. El niño perdido en el mundo sobrenatural de la abuela

y las tías en Aracataca, el joven escritor que no tenía dónde vivir en Barranquilla y dormía –casi siempre– en un hotel de paso, es hoy el escritor colombiano más importante de todos los tiempos, autor, entre otras obras, de *Cien años de soledad*, que traducida a más de cuarenta idiomas, es la obra más leída en el mundo después de *El Quijote*.

Gabo ha recalado siempre:

“No hay una línea, en ninguno de mis libros, que no pueda decir a qué experiencia de la realidad corresponde. Siempre hay una referencia con la realidad concreta”.

La abuela fue muy útil en su oficio de escritor:

“Me contaba las cosas más atroces sin conmoverse, como si fuera una cosa que acababa de ver. Descubrí que esa manera imperturbable y esa riqueza de imágenes era lo que más contribuía a la verosimilitud de sus historias. Usando el mismo método de mi abuela, escribí *Cien años de soledad*”.³

Sin duda alguna el personaje más importante de la casa era el abuelo. Tuerto a causa de un glaucoma, con un apetito sólido, una panza prominente y una vigorosa sexualidad que había dejado su semilla en docenas de hijos naturales por toda la región, el coronel

Nicolás Ricardo Márquez era un liberal de principios muy respetado en el pueblo.

Medardo Pacheco, el único hombre que en su vida llegó a injurarlo, fue muerto por él de un solo disparo en Barrancas, el 12 de octubre de 1908. Era un antiguo amigo, copartidario y soldado suyo en la Guerra de los Mil Días.

Éste fue el primer caso de la vida real que le revolvió a Gabo los instintos de escritor.

Nunca supo a ciencia cierta cuál fue la injuria de Pacheco al abuelo. El caso es que el abuelo, herido en su honor, lo desafió a muerte sin fecha fija y arregló sus asuntos con una calma absoluta para garantizar la seguridad de su familia en la única alternativa que le deparaba el destino: la muerte o la cárcel.

Por la muerte de Medardo Pacheco el coronel fue trasladado a la cárcel de Riohacha y condenado a 1 año: 6 meses en reclusión y 6 meses en régimen abierto.

Posteriormente viajó a Ciénaga, luego a Panamá y finalmente fijó su residencia en Aracataca, en 1910.

El abuelo, todos los días de su vida recordaría aquel triste suceso al expresarle a Gabriel en sus paseos vespertinos: “Ay, hijo, tú no sabes lo que pesa un muerto”.

³ *Ibíd.* P. 95.

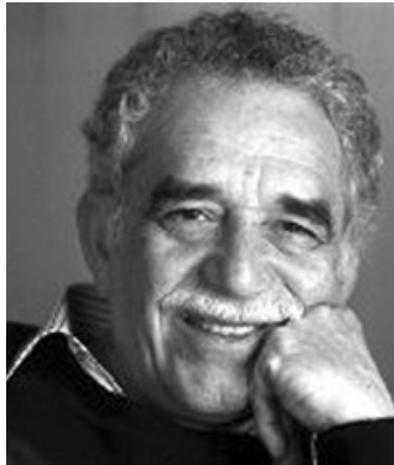
Muy joven, el abuelo había participado en las guerras civiles que liberales, federalistas y libre-pensadores habían librado contra gobiernos conservadores. La última de estas guerras, iniciada en 1899 y terminada en 1901, había dejado en los campos de batalla alrededor de cien mil muertos.

Toda una juventud liberal que iba a los combates con camisas y banderas rojas había sido diezmada.

El abuelo había alcanzado su título militar combatiendo en las provincias de la Costa, donde la guerra había sido especialmente sangrienta, a órdenes del legendario caudillo liberal, el general Rafael Uribe Uribe.

Algo del carácter y muchos de los rasgos físicos de Uribe Uribe serían tomados por García Márquez para crear el personaje del coronel Aureliano Buendía.

Entre el abuelo sexagenario que seguía reviviendo en el recuerdo los episodios alucinantes de aquella guerra y Gabriel, su nieto de cinco años, iba a crearse una amistad singular. Gabriel recordaría al viejo en sus paseos a las plantaciones para bañarse en las quebradas, hablándole siempre de la guerra civil, de los cañones tirados por mulas, los cercos, los combates, los heridos agonizando en las puertas de las iglesias y los



hombres fusilados en las paredes del cementerio: todo eso quedaría titilando para siempre en su memoria.

El viejo coronel le concedía a su nieto la mayor importancia. Lo escuchaba, respondía todas sus preguntas y cuando no sabía le decía: “Vamos a ver qué dice el diccionario”.

El abuelo no era un hombre culto ni pretendía serlo. Se fugó de la escuela pública de Riohacha para irse a una de las incontables guerras civiles del Caribe. Nunca volvió a estudiar pero era consciente de sus vacíos y confería al diccionario toda la importancia del mundo:

“Este libro no sólo lo sabe todo, sino que es el único que nunca se equivoca”.

El diccionario del abuelo era un mamotreto ilustrado, con casi dos mil páginas grandes llenas de preciosos dibujos. “¿Cuántas pala-

bras tendrá? –le preguntó Gabo a su abuelo. –Todas –le respondió”.

Gabriel, con cinco años, aún no sabía leer ni escribir, pero fue como asomarse al mundo entero por primera vez y no necesitaba entonces de la palabra escrita porque lograba expresar todo lo que lo impresionaba con dibujos.

Empezó inventando cuentos dibujados y sin diálogos. Pero cuando más tarde comenzó a leer y escribir y el abuelo le regaló el diccionario, se le despertó tal curiosidad por las palabras, que lo leía como una novela, en orden alfabético y sin entenderlo apenas.

Así fue su primer contacto con el que habría de ser el libro fundamental en su destino de escritor.

Infortunadamente el abuelo murió cuando Gabriel tenía ocho años. Fue el fin de su primera infancia.

“Necesité muchos años para tomar conciencia de lo que significaba para mí aquella muerte inconcebible. Algo mío había muerto con él. Pero también creo, sin duda alguna, que en ese momento era ya un escritor de escuela primaria al que sólo le faltaba aprender a escribir”.⁴

Muchos años después, cuando Gabriel acompañó a su madre a Aracataca a vender la casa de sus abuelos, experimentó especiales sensaciones:

“Cada cosa, con sólo mirarla me suscitaba una ansiedad irresistible de escribir para no morir. La había padecido otras veces, pero sólo aquella mañana la reconocí como un trance de inspiración, esa palabra abominable pero tan real que arrasa todo cuanto encuentra a su paso para llegar a tiempo a sus cenizas”.⁵

Indiscutiblemente el abuelo ha sido para Gabriel su personaje inolvidable. Hoy, cada vez que le ocurre algo, sobre todo si es algo bueno, siente que lo único que le falta para que la alegría sea completa, es que lo sepa el abuelo. De modo que todas sus alegrías a lo largo de estos 80 años han estado y seguirán estando para siempre, perturbadas por ese germen de frustración.

En Gabriel García Márquez los hechos históricos afectan su vida y su vocación en la medida en que las personas más importantes de su infancia fueron protagonistas, testigos o víctimas de dichos sucesos, y en la medida en que estos factores determinantes del destino de la familia y de su pueblo, lo fueron también de su propia vida.

La infancia de Gabo estuvo condicionada por la posición social del coronel Nicolás Ricardo Márquez y su esposa, doña Tranquilina, en Aracataca. Su antigüedad en el pueblo y el prestigio del coronel como combatiente en la Guerra de los Mil Días junto al General Rafael Uribe Uribe, los posicio-

naba como una de las familias más prestantes del pueblo.

Llegaron a Aracataca 17 años antes de que naciera Gabriel, cuando el pueblo crecía y prosperaba, junto a otras familias, que al igual que ellos buscaban un mejor lugar para vivir.

Ciertos episodios históricos están ligados íntimamente al destino familiar de Gabriel García Márquez.

La matanza de trabajadores de la compañía bananera ocurre un año después del nacimiento de Gabriel y es un tema recurrente durante su infancia.

En casi todas las obras de Gabriel se hallan presentes las guerras civiles y se cita en varias de ellas al coronel Aureliano Buendía.

En el cuento “Un día después del sábado” se habla de la guerra de 1885 y esta guerra tiene una correspondencia en la realidad real.

En 1885 la fracción radical del Partido Liberal se levantó en armas contra la segunda presidencia de Rafael Núñez, liberal “independiente”. La guerra duró pocos meses y Núñez derrotó a los radicales gracias a los ejércitos conservadores del general Canal, en agosto de 1885.

En 1875 hubo dos guerras civiles:

Primero, un levantamiento armado que estalló en la Costa Atlántica encabezado por el Ge-

neral Santodomingo Vila, Ministro de Guerra y Marina destituido por el presidente Santiago Pérez.

Luego de las elecciones que llevaron a la presidencia al liberal Aquileo Parra, los conservadores declaran la guerra religiosa; la contienda feroz duró once meses, hasta junio de 1877 y terminó con la rendición de los rebeldes.

En esta guerra se inicia en las armas Rafael Uribe Uribe con tan sólo 17 años. En 1880 se gradúa de abogado y es admitido en la Logia Masónica de Bogotá. Desde entonces los afanes económicos, la guerra, la prisión y la política fueron la síntesis de su vida.

En *Cien años de soledad*, en el capítulo 6, donde se mencionan los 32 levantamientos armados que promovió el coronel Aureliano Buendía, Gabo traspone magistralmente a la ficción esa dramática constante de la historia de Colombia y de América Latina del siglo antepasado: las guerras civiles entre liberales y conservadores.

La triste tragedia de los hombres de provincia que a lo largo de años de grandes sufrimientos, mataron y se hicieron matar por una bandera roja o azul; la confusión, la miseria y la irracionalidad que significaron esas guerras, están representadas con una vitalidad extraordinaria en *Cien años de soledad*, pese a las violaciones de la verdad histórica.

⁵ *Ibíd.* P. 122

Esta manera de escribir la historia, por arbitrario que pueda parecer a los historiadores, es una espléndida lección de transmutación poética.

En la realidad real, las guerras civiles clásicas terminaron con la firma de dos Tratados: el de Neerlandia (24 de octubre de 1902, entre el general Rafael Uribe Uribe y el general conservador Juan B. Tovar) y el Tratado de Wisconsin (21 de noviembre de 1902 entre el general liberal Benjamín Herrera y el ministro de Gobierno, general Nicolás Perdomo).

En la realidad ficticia, es decir, en *Cien años de soledad*, sólo existe el Tratado de Neerlandia porque a esta capitulación está ligado el abuelo de Gabriel quien estuvo presente en el acto.

La paz de Neerlandia se firmó el día del cumpleaños del general Rafael Uribe Uribe y en *Cien años de soledad* coincide con el cumpleaños del coronel Aureliano Buendía. “Un día como éste viniste al mundo”, le dice Úrsula, cuando ese martes, a las cinco de la mañana, en la cocina, Aureliano Buendía toma su habitual café sin azúcar.

En la realidad el Tratado se firmó en la hacienda de Neerlandia y en el suelo que ocupaba la mesa a que se sentaron los dignatarios del pacto se ordenó sembrar el árbol de la paz.

En *Cien años de soledad*, el árbol ya existía y el Tratado se firmó a 20 kilómetros de Macondo “a la sombra de una ceiba gigan-

tesca en torno a la cual había de fundarse más tarde el pueblo de Neerlandia”.

En la realidad real se reconoció a los revolucionarios la condición de beligerantes y se les ofreció paz con garantías. Recobrarían la libertad los prisioneros de guerra y presos políticos, darían salvoconductos, pasaportes y auxilios de marcha hasta sus hogares a los revolucionarios que entregaran las armas garantizándoles su libertad y su seguridad.

En *Cien años de soledad* se reconocía además el título militar a los combatientes revolucionarios y se les ofrecía jubilación y pensiones pero cuando cada expediente fuera revisado por una comisión especial y la ley de asignaciones aprobada por el Congreso, a lo que Aureliano Buendía replicaba: “Esto es un atropello. Se morirán de viejos esperando el correo”, como en efecto ocurrió.

La gran figura histórica de la Guerra de los Mil Días es el general Rafael Uribe Uribe junto a quien combatió don Nicolás, y cuyas hazañas escuchó García Márquez muchas veces en boca de su abuelo.

García Márquez describió físicamente al coronel Aureliano Buendía utilizando como modelo los retratos del general Rafael Uribe Uribe, quien murió asesinado a hachazos en las calles de Bogotá en 1914, cuando contaba 62 años.

La base real de la amistad del coronel Aureliano Buendía con el

general conservador José Raquel Moncada en *Cien años de soledad*, quienes en las treguas de las batallas intercambiaban prisioneros y jugaban ajedrez, está inspirada en la relación que se estableció en la Guerra de los Mil Días entre el general Rafael Uribe Uribe y su adversario, el general conservador Pedro Nel Ospina.

Gabriel García Márquez, en *Cien años de soledad*, parte de una gran sensibilidad hacia la realidad. Macondo representa todas las aldeas periféricas, en general la provincia latinoamericana con su aislamiento, colonización e invasión por el imperialismo norteamericano. Al igual que toda civilización humana, Macondo tiene su fundación mítica, sus eras mágicas, su crecimiento, la llegada de la civilización, su apogeo y su muerte a causa de los vientos del olvido.

Cien años de soledad es la obra central que da inicio a la literatura contemporánea. El texto se integra a la narrativa del *boom* latinoamericano, porque la trama de la historia se proyecta con el *Realismo mágico*, aquel movimiento contrastante y paradójico que, aunque se apega objetivamente al acontecer cotidiano, lo matiza con hechos o experiencias imposibles, de tal manera que su desarrollo resulta simultáneamente verídico y misterioso. Es decir, el escritor mezcla escenas realistas con otras fantásticas, sin que la veracidad de la existencia se deforme en ningún aspecto.

Gabriel García Márquez es el más grande escritor colombiano de todos los tiempos.

Su ejemplo, como hombre y como escritor, puede y debe ser tenido en cuenta como el modelo de la tenacidad, del esfuerzo y la credibilidad absoluta por llevar hasta el final los ideales propios.

Respecto a la masacre de las bananeras, leamos a continuación algunos apartes de *Cien años de soledad*, en donde si bien las cifras no son exactas y el episodio está envuelto de “Realismo mágico”, existe, como en todo lo mítico, un componente de verdad, y en este fragmento de *Cien años de Soledad* ese componente es desgarrador:

“...La huelga grande estalló... La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones de árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación... La situación amenazaba con evolucionar hacia una guerra civil desigual y sangrienta, cuando las autoridades hicieron un llamado a los trabajadores para que se concentraran en Macondo. El llamado anunciaba que el jefe civil y militar de la provincia llegaría el viernes siguiente, dispuesto a interceder en el conflicto... José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentró en la estación desde la mañana del viernes... Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas,



entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras... Un poco antes de las tres corrió el rumor de que el tren oficial no llegaría hasta el día siguiente... el decreto número 4 del jefe civil y militar de la provincia estaba firmado por el general Carlos Cortés Vargas... y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala... “Señoras y señores —dijo el capitán—, tienen cinco minutos para retirarse”. Nadie se movió... “Han pasado cinco minutos —dijo el capitán en el mismo tono—. Un minuto más y se hará fuego”. José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz. “¡Cabrones! —gritó— Les regalamos el minuto que falta”. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto... Una fuerza sísmica,

un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva... “¡Tírense al suelo! Tírense al suelo!”. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazuela... Estaban acorralados... José Arcadio Segundo... con la cara bañada en sangre... despertó... en un tren interminable... acostado sobre los muertos... que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo... Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad y se quedó tendido... hasta que el tren acabó de pasar... Ignoraba dónde había saltado, pero sabía que caminando en sentido contrario al tren llegaría a Macondo... “Debían ser como tres mil —murmuró— ¿Qué? Los muertos —aclara él—”. Debían ser todos los que estaban en la estación... “Aquí no ha habido muertos”...⁶

Realmente, ¿qué ocurrió aquel 6 de diciembre de 1928? La historia es la encargada de decirlo.

Bibliografía

- García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. Norma. Bogotá, 2002.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. La Oveja Negra, 1982.
- Vargas Llosa, Mario. *García Márquez: Historia de un deicidio*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1971.

⁶ García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1982, Pág. 296.